

por su nacimiento, célebre por sus negociaciones y talento durante el imperio, al lado de Fouché, procónsul y regicida, asesino del padre y del hermano de aquellos mismos príncipes y princesas que le admitían á la sazón en su corte y le abrían su corazón? Después de tal sacrificio hecho voluntariamente á la utilidad de un hombre semejante, ¿de qué tendrían derecho á quejarse los Borbones y sus partidarios al ver á Mr. de Talleyrand figurando en los consejos de la corona? Una vez colocados en semejante situación, quitábales todo derecho de admirarse de su presencia, y de tratar de rebajarle en lo sucesivo; convertía á Luis XVIII en cómplice, mil veces mas que él, de la revolución; le hacía descender y humillarse ante el mismo Fouché, y cuando la voz del pueblo llegase á alzarse contra el escándalo de aquel ministro, y Fouché fuese lanzado del poder, entonces el rey y su corte nada tendrían ya que oponer respecto á su propia dominación en el gobierno. El contacto con Fouché habríale quitado el derecho de afectar cualquiera otra clase de pudor.

## XXII.

Tales eran sin duda los verdaderos pensamientos de Mr. de Talleyrand cuando recibió á Fouché entre sus brazos en Arnouville para conducir él mismo á su rival de ambición á los pies del rey vencido. La lucha que Luis XVIII debió sostener consigo mismo antes de ceder á aquel oprobio del destino, debió de ser sin duda muy larga y empeñada. Su permanencia por espacio de veinte años, á gran distancia del palacio de sus padres, no era mas que un infortunio harto comun á muchos reyes. Su caída de un trono vacilante á impulso del prestigio irresistible de un conquistador y el abandono de su pro-

pio ejército, era uno de esos reveses inevitables en una restauración no bien asegurada; pero tener que aceptar, á fin de volver á subir á ese mismo trono, la mano teñida aun en la sangre de un rey y de un hermano, desmentir con este solo hecho todas aquellas reales imprecaciones y aquellas amargas quejas que ese mismo príncipe habia hecho llegar á todas las cortes europeas, obligar á su querida sobrina, la hija de Luis XVI, á estremecerse y temblar á la vista del hombre que habia sacrificado á su padre y á su madre en aras de la revolución ¡oh! aquella fué la mayor de todas sus derrotas, pues que equivalía á renegar de su propio rango y categoría, y á dar un solemne mentís á su propia sangre. El manifestarse agradecido á tales servicios, era aparecer á los ojos del mundo y de la historia como un cómplice. Amnistiar al regicida, solamente hubiera sido cumplir la última voluntad de Luis XVI, mas elevarle al rango de sus ministros y colocarle al frente de sus consejos, era constituirse en súbdito de ese mismo hombre, que no fué en toda su vida mas que un criminal. Hasta el mismo trono habria sido harto caro á semejante precio, si para sentarse en él hubiera sido preciso rebajarse hasta tal punto.

Todas estas consideraciones que acabamos de esponer, no dejaban de pesar tambien en el ánimo del monarca, y de afectar al menos su orgullo de rey, mas él estaba convencido al mismo tiempo, de que si nose apresuraba á ceñirse cuanto antes la corona, las intrigas de Fouché, de La Fayette y de Sebastiani, unidas al desprecio de la Prusia, á las debilidades del emperador Alejandro con motivo de la popularidad revolucionaria de algunos salones de París, y al interés oculto y egoista del Austria, harian que aquella fuese á depositarse en otras sienes, y tanto mas dominaba en él esta idea, cuanto que lord Wellington, Mr. de Talleyrand y los numerosos clientes que Fouché tenia en la corte, entre ellos quizá el mismo Mr. de Vitrolles, el oficioso mediador de los rea-

listas entre Arnouville y el gabinete de Fouché, habíanse llegado á persuadir de que la coalicion, con la única escepcion de la Inglaterra, estaba próxima á abandonarle á su fortuna, y á favorecer con la corona á un príncipe de otra casa.

No sería tampoco muy difícil de creer que el mismo conde de Artois, instigado por Mr. de Vitrolles y por su córte privada de nobles y de prelados, ansiosos todos de volver á adquirir su antigua posicion á cualquier precio, contribuyese secretamente á hacer prevalecer en el ánimo del rey semejante debilidad de córte, pretendiendo cubrirla con el nombre de necesidad, y que no les disgustase al mismo tiempo que el monarca tratara, bajo su sola responsabilidad, de degradarse hasta tal punto con aquel hecho, por el cual mas adelante habian ellos mismos de acusarle y criticarle. El rey, que presumia de hombre de estado, sentía sin duda alguna en lo íntimo de su corazon aquella violencia moral que le obligaba á someterse á un regicida; mas, educado como estaba en la escuela de Maquiavelo, y afectando despreciar, por el interés de su casa, de su trono y de su pueblo, los escrúpulos del vulgo, procuraba hacer frente, no sin cierta satisfaccion de orgullo, á su propia sensibilidad. Así es, que solia decir frecuentemente á Mr. de Talleyrand y á los hombres de estado cuya admiracion pretendia conquistar á veces: «Me parezco á vosotros en la indiferencia respecto á los medios;» mientras que con los hombres timoratos de su córte se espresaba en estos términos: «Yo me hallo á mayor altura que vuestras tímidas susceptibilidades; el trono posee una moral que vosotros no conocéis.» Pero al decir esto se olvidaba desgraciadamente de que si es cierto que un soberano debe sobreponerse á toda clase de repugnancias personales cuando se trata del interés de sus pueblos, no puede impunemente sobreponerse á los deberes de la naturaleza, los cuales le impedian dejarse presentar ante la Francia y subir al trono

conducido y apoyado por Fouché. Entre el rey y aquel ministro habia un lago de sangre.

La duquesa de Angulema sentia tambien vivamente aquella complicacion de circunstancias, y mas de una vez vino á arrojarse á los pies de su tio para suplicarle la evitase tanta vergüenza y afliccion, llegando hasta el punto de decirle, que ninguna consideracion humana, inclusa la obediencia debida al rey, seria bastante para obligarla á encontrarse frente á frente en los salones de palacio con uno de los asesinos de su padre. Sus ojos estaban cubiertos de lágrimas que bañaban las manos del monarca, mas éste inflexible, aunque conmovido y cariñoso; «Hija mia, la dijo, la política tiene otras leyes distintas de las de la naturaleza; á vos os toca llorar, á mí me corresponde salvar á mis pueblos y trasmitiros despues mi trono; en la ocasion presente no es el rey de Francia el que olvida sus deberes, es el regicida que se humilla ante el poder de la corona, y el monarca que perdona grandes faltas en verdad, pero lavadas con no menos grandes servicios.» La princesa se vió obligada al escuchar estas palabras, á devorar en silencio su humillacion y su dolor, mas no trató por eso de ausentarse de la córte. Mucho mas digno y propio del cariño filial hubiera sido por cierto el haber protestado con su alejamiento contra una violencia, que la ambicion de reinar no podía jamás imponer al corazon de una hija.

## XXIII.

Cuando Fouché, acompañado de Mr. Talleyrand, llegó á Arnouville, ya el rey le esperaba impaciente. Sin embargo, al anunciarle el príncipe de Poix de la casa de Noailles y capitán de sus guardias que el ministro aguardaba en la puerta de su cámara la audiencia que le es-

ta otorgada, el rey se demudó y se puso pálido. La sombra de su hermano apareció por un momento ante sus ojos, interponiéndose entre él y el juez de Luis XVI. A poco recobró toda su magestad y su presencia de ánimo, y despidiendo al príncipe, mandó que solo entrasen en su gabinete aquellos dos hombres de estado. La secreta entrevista que tuvo lugar entre aquellas tres personas que representaban tres épocas tan diversas: el antiguo régimen, el imperio y la revolución, y á las cuales reunía la ambición para reconciliarse, no tuvo mas testigos que los mismos actores de aquella escena. Luis XVIII, sin embargo, amigo de contar como buen viejo, confió mas adelante todos los pormenores que tuvieron lugar en ella, á una persona de toda su intimidad y confianza.

Apenas Mr. de Talleyrand hubo hecho entrar á Fouché, el rey y el regicida se miraron por largo rato sin hablar una sola palabra; el rey, por su parte, afectando en su mirada la magestad y autoridad de un superior que consiente en dejarse servir; Fouché, la timidez y el encogimiento de un culpable que consiente en dejarse perdonar, pero que al mismo tiempo conoce que sus servicios exigen mas bien que imploran el perdón. Mr. de Talleyrand, entretanto, ocultaba tras de su impassible fisonomía, el secreto gozo que experimentaba humillando de este modo á su señor, y protegiendo á su rival. En aquel momento él era el que dominaba á los dos.

Al cabo de unos breves instantes, decidió, pues, acudir en socorro de ambos interlocutores, abreviando el ceremonial y poniendo término á los recuerdos y á las esplicaciones; y dirigiéndose entonces al rey le dijo que en la persona de Fouché le presentaba al hombre hábil y decidido que habia sabido secundar mejor que otro alguno los sucesos á que la Francia debia la vuelta de su rey, y el único capaz, en aquellas tan críticas circunstancias, de ilustrar los consejos de la corona y de deshacer las tramas de sus enemigos. Fouché por su parte, sintiendo

en efecto ó aparentando sentir una emoción profunda que le enagenaba su habitual presencia de ánimo, se limitó á inclinarse profundamente y á balbucear algunas palabras de agradecimiento y adhesión hácia el príncipe y hácia la monarquía, únicos elementos en que estribaba el bienestar de la Francia, y que constituían el deber de todo buen francés.

Yo aprecio en alto grado, le dijo Luis XVIII con esa magestad del rango que sabe inclinarse ante el verdadero mérito, yo aprecio en alto grado los servicios que en estos últimos tiempos me habeis prestado á mí y á mi causa, y asimismo los que tendreis ocasion de prestarme, mejor que nunca, en el ministerio de Policía que estais desempeñando actualmente y para el cual os tengo designado de antemano como uno de los puestos mas importantes de mi gobierno. Espero, pues, que me suministreis los medios mas adecuados para conseguir la pacificación de mi reino, para afianzar mi trono y atraer los ánimos extraviados hácia la monarquía legítima, única garantía de la seguridad, de la independencia y de la libertad de mis súbditos.»

Fouché, aun no repuesto enteramente de su turbación, se inclinó por segunda vez en señal de reconocimiento y de aceptación de la confianza que el rey depositaba en él, y despues de hacer una triste aunque exagerada pintura, de las animosidades de las facciones, de los recursos del bonapartismo, de las mal acalladas agitaciones del partido revolucionario, trajo á la memoria del rey la gran figura de Enrique IV, que á fin de conquistar á su pueblo, dejóse antes conquistar á sí mismo por las ideas dominantes de la época, y supo ser mas bien el rey de sus enemigos que de sus amigos; insistiendo por último en la absoluta necesidad de hacer desaparecer el pasado entre la Francia y los Borbones, apelando á una amnistía tan amplia y tan completa que mas que á un perdón pudiera asemejarse al mas completo olvido de lo pasado.

«Es de todo punto indispensable, añadió, que bajo el reinado de V. M. todo el mundo adquiriera la mas completa seguridad de que no será inquietado, con motivo de actos consumados durante las diferentes revoluciones ocurridas en este último interregno, ni por la adquisicion de propiedades nacionales, ó bien por los grados, honores, dignidades ó títulos de que se haya estado en posesion, debiendo garantizarse aquella seguridad hasta el punto de que los servicios que hayan sido prestados á los gobiernos sucesivos de la Francia en aquella época se tengan como hechos al gobierno del rey. En una palabra, es preciso que V. M. adopte á la Francia si quiere que esta adopte irrevocablemente su casa, cuya alta discrecion y soberana prudencia la han colocado siempre sobre las preocupaciones, debilidades y resentimientos de su propio partido. La Europa y la nacion saben muy bien, que mas que un rey es un distinguido hombre de estado el que la Providencia acaba de colocar sobre su trono; así, pues, todo el mundo verá en V. M. el genio de la reconciliacion de todos los intereses y de la restauracion de los tronos. Preciso es tambien que V. M. procure inspirar su saber y su esquisita prudencia á cuantos le rodean, pues de otro modo seria fácil que llegase de nuevo á perder la corona, si la deja á merced de sus mezquinas pasiones y reducidas inteligencias. El tiempo se muestra ansioso de concesiones, y solo á este precio cesará la agitacion de París. El momento oportuno de hacerlas ha llegado, pues que de dilatarlas para mas adelante parecerán mas bien arrancadas por las impaciencias y exigencias de la opinion: hoy dia la Francia se mostraria agradecida, mañana quizá se muestre ingrata y exigente. Es preciso admitir los hechos como derechos, y guardarse bien de disputar á las Cámaras y á la opinion las garantías de seguridad y dignidad que ellas mismas han inscrito en su declaracion como condiciones de su capitulacion de honor y como bases de su sumision.»

## XXIV.

Mr. de Talleyrand, con su silencio y ademanes, parecia asentir en un todo á los consejos de Fouché. El rey, sin perder un solo instante su mesura y su reserva, y envanecido con la distinguida idea que la revolucion, en la persona de Fouché, habia formado de su moderacion y de su prudencia, parecia sin embargo escucharle con una simulada desconfianza encubierta bajo un aparente abandono, pues si bien aquel monarca deseaba dar mayores seguridades y garantías al bonapartismo que aun estaba en posesion del ministerio, del gobierno y de las Cámaras, no queria tampoco entrar en composiciones con él. El conceder cuanto fuera necesario á los intereses generales de la revolucion y á las nuevas opiniones que constituian la mayoría del pais, entraba desde luego en sus ideas, tanto por la fuerza como por la razon; mas el echarse en brazos del ejército, de los funcionarios creados por Napoleon, de los conspiradores del 20 de marzo y de unas Cámaras elegidas bajo la influencia de Bonaparte, á los ojos del rey, era lo mismo que abdicar su poder.

Así que lejos de ocultar á su nuevo ministro que él jamás confundiria las verdaderas y razonables necesidades de la opinion nacional con las ambiciones y exigencias del partido bonapartista, le hizo ver que era preciso que desapareciese de la situacion el gobierno, el ejército y las Cámaras del 20 de marzo. Fouché quedó en cargado de ejecutarlo, puesto que á la altura en que ya se encontraba, no le era posible retroceder; despues de cuanto habia hecho por el rey, podia aun muy bien aconsejar, mas ya no le era dado rehusarse á nada.

Mr. de Talleyrand presentó entonces al rey, en pre-

sencia del nuevo ministro de Policía, y afectando la mayor deferencia por sus consejos, los nombres de los que habian de componer el nuevo ministerio, cuya recomposicion era ya de todo punto indispensable á consecuencia de la retirada de Mr. de Blacas y de la transicion desde el destierro al trono. Mr. de Talleyrand conservaba para sí los Negocios estrangeros, esto es, el manejo de la Europa, y las tradiciones del congreso de Viena; Fouché, con el ministerio de la Policía, tenia en su mano todos los elementos de la opinion y de la alta política en el interior; el baron Louis se encargaba de la Hacienda; Mr. de Faucourt, decidido amigo de Mr. de Talleyrand, entraba en el departamento de Marina.

A Mr. Pasquier, antiguo miembro del parlamento de Paris y prefecto que fué de policia en tiempo del imperio, pero que no tomó parte alguna en la traicion del 20 de marzo, se le reservó el ministerio de Justicia.

Del de la Guerra se encargó el mariscal Gouvion de Saint Cyr, uno de los generales mas esperimentados de Napoleon, que habia permanecido fiel, como Macdonald, á los juramentos prestados al rey.

El rey y Mr. de Talleyrand, de acuerdo con Fouché, reservaban el ministerio de la casa real á Mr. de Richelieu, ayudante de campo y amigo del emperador de Rusia, dando de este modo una especie de garantía á aquella córte.

Mr. Molé, que del imperio se pasó á los Borbones, de los Borbones al imperio, y que entonces consentia en volver á pasarse otra vez á estos últimos, fué presentado por Fouché para un ministerio, y el rey en atencion á su nombre monárquico, á su juventud que tanto prometia y á su reconocido talento para servir y dar realce á todos los poderes, le confió la direccion de los trabajos públicos.

Otro ayudante de campo del emperador de Rusia, Mr. Pozzo di Borgo, hombre capaz para acometer cual-

quier empresa á propósito, y para espresarse en un gobierno constitucional en que la palabra es tan necesaria, fué secretamente elegido para el ministerio del Interior. Mr. Pozzo di Borgo no se habia separado del rey durante su destierro en Gante, y representaba para con él la amistad del emperador Alejandro. Decidido á volver al servicio de la Francia, su patria, y en un puesto tan importante y de tanta confianza, deseaba sin embargo aguardar la llegada de su soberano el emperador de Rusia, y su autorizacion para aceptarlo de Luis XVIII.

Mr. Pasquier, hombre dispuesto para todo á causa de su carácter flexible y condescendiente, se encargó del ministerio de lo Interior mientras se resolvía definitivamente la entrada de Mr. Pozzo di Borgo.

Un jóven llamado Mr. Decazes, desconocido hasta entonces y cuya buena fortuna data desde aquel incidente, fué nombrado prefecto de policia, para cuyo importante puesto habia sido designado al rey y á su consejo con motivo de la vigorosa y decidida actitud que en Paris y en Burdeos habia adoptado en contra de Napoleon durante los cien dias, siguiendo sin duda el ejemplo de Mr. Lainé. Aceptólo Fouché para su nuevo destino, puesto que ningun hombre notable del partido realista se hubiera prestado fácilmente á quedar subordinado á su autoridad en aquella parte de la administracion confiada á su cuidado.

Convínose por último en aquella entrevista que el nuevo ministerio se reuniria secretamente en Paris aquella misma noche, á fin de hacer los preparativos convenientes y ponerse de acuerdo para que el rey verificase su inesperada entrada en la capital al día siguiente.

## XXV.

Despues de terminada aquella conversacion, que duró mas de dos horas en la cámara del rey, convenidos en

el arreglo ministerial que se había propuesto, Fouché, conducido siempre por Mr. de Talleyrand, atravesó las diferentes habitaciones del castillo de Arnouville, ocupadas todas por un gran número de cortesanos de Luis XVIII, antiguos y modernos. Unos le acogieron con la mas visible repugnancia, otros con el mas decidido anhelo y diligencia; pero todos unánimes manifestaron al verle la mas viva sorpresa y admiración. Él entretanto había ya recobrado su serenidad y ordinaria presencia de ánimo.

«Duque de Otranto, le dijo sonriendo Mr. de Talleyrand delante de algunos grandes dignatarios de la corona, vos no conocéis bien todo el prestigio de un monarca legítimo y de un monarca que se halla colocado al nivel de su trono por el talento que le distingue; vamos, conveendreis que su presencia no ha podido menos de conmoveros.» Fouché tenía demasiada necesidad de halagar al príncipe y á su córte por su turbación para no convenir en ello. En aquel momento acababa de recoger el premio de tanta intriga y de tanta audacia, que consistía en un poder que iba á imponer á la vez á los amigos y enemigos de los Borbones. Había visto sin dejar de ser ministro y árbitro al mismo tiempo de todos los partidos, instalarse, pasar y volver á levantarse hasta tres monarquías siempre bajo su tutela. Había presenciado el fin de una restauración, había dirigido y manejado un imperio, y por último, había provocado una segunda restauración. Iba á despedir á sus colegas de gobierno como si fueran unos dependientes suyos, y á las Cámaras, como unos útiles ó herramientas ya gastadas. Había conseguido dominar por medio de una táctica acertada, y por medio del equilibrio de los partidos, el genio y las desconfianzas de Napoleon. Acababa de obligar al rey del antiguo régimen á poner su suerte en manos de un prócsul de la Convención, y de un ministro de Bonaparte. Disponía á la vez de tres ó cuatro suertes diferentes, ha-

ciéndose superior á todas ellas por el menosprecio que las manifestaba. No apreciaba las diversas situaciones en que de continuo se veía colocado, sino por el mayor número de dificultades, que para vencerlas y dominarlas hubiese que arrostrar. Sin duda alguna, él bien conocía que en todo esto se ocultaba siempre una secreta bajeza; mas en esa misma bajeza encontraba tanta audacia y tanta superioridad sobre el vulgo, que no podría menos de vanagloriarse de los medios, siempre que lograba el objeto, y se tenía en mas que todos los hombres y los partidos todos, si lograba engañar é esos mismos partidos y á esos mismos hombres.

Su regreso á París, quedó, pues, oculto entre las tinieblas de la noche.

## XXVI.

Hubo, sin embargo, un hombre en la familiaridad del destierro de Luis XVIII, y en los consejos ya terminados de Arnouville, que presintió, al saber la presentación de Fouché y la complicidad del rey con sus ministros, la próxima degradación de la monarquía. Este hombre era Mr. de Chateaubriand. Por medio de la poesía, que es la nobleza de la inteligencia y del sentimiento, era casi el único que poseía la revelación del honor; con el auxilio del ingenio, adivinaba desde mas larga distancia el juicio del porvenir acerca de aquella indignidad de la corona.

Apenas tuvo noticia de que Fouché, conducido por Mr. de Talleyrand, acababa de presentarse ante Luis XVIII y que confidencialmente había sido nombrado para el ministerio de Policía, cuando se dirigió al gabinete del rey y solicitó con la mayor insistencia hablar al monarca. El rey, que no gustaba mucho del escritor y que

temia su presencia, sin duda por no tener que avergonzarse de la palabra que acababa de dar, se negó por largo rato á recibirle; pero como además de insistir Mr. de Chateaubriand con la mayor obstinacion, creyese el rey que su título de individuo del consejo del príncipe, su fidelidad invariable, su destierro voluntario y los servicios prestados en Gante, bien merecian que se le dispensasen toda clase de consideraciones, dispuso al fin que se le permitiese la entrada.

Mr. de Chateaubriand, manifestando la mas respetuosa adhesion hácia su persona y familia, le habló de lo que acababa de saber, añadiendo que él se habia resistido á creerlo; despues le suplicó por los manes de su hermano, por el honor de su casa y por el esplendor de su memoria, que preservase á la historia de su reinado de una concesion á que sus enemigos darian siempre el nombre de ignominia; le hizo presente la consternacion que se habia apoderado de todos los realistas al saber que el juez que habia condenado á Luis XVI á morir en un cadalso, se sentaba frente á frente del rey, hermano de aquel otro monarca, en los consejos y hasta en los palacios mismos de su victima; y por último, púsose á analizar el corazon de la princesa de Angulema, para buscar sin duda en él los gritos de indignacion y de dolor que el respeto la haria á veces contener dentro de él, pero que tarde ó temprano habrian de estallar ante la sombra de su padre y ante el mismo Dios. El rey guardó á todo esto el mas impassible silencio, y segun pudo colegirse de sus ademanes y facciones, su resolucion estaba irrevocablemente tomada.

«Ha sido una cosa necesaria, dijo el príncipe severamente; por lo demas, yo puedo aseguraros que ningun buen francés podrá tener la pretension de sentir mas vivamente que el rey esa misma necesidad y el dolor venido por el deber para con su pueblo.—¡Ah! exclamó Chateaubriand, ¡si el mismo trono hubiese de servir de pre-

mio por un sacrificio semejante, era mil veces preferible; y sobre todo en un príncipe tan noble é ilustrado como vos, sacrificar ese trono á la virtud!» En vano trató de insistir de nuevo en su propósito; pues el rey, dejándose llevar de su impaciencia y temiendo quiza verse comprometido en sus respuestas, «Marchaos» exclamó, indicándole la puerta con un ademan; Chateaubriand, entonces, se inclinó con el mas profundo dolor, y marchó llevando en su corazon una especie de remordimiento que no logró acallar jamás.

## XXVII.

Fouché, de regreso ya en París, arregló con sus nuevos colegas las medidas secretas que habian de adoptarse durante la noche para la entrada del rey al dia siguiente. Una grande agitacion se dejaba notar en París como suele suceder al aproximarse algun notable acontecimiento que va á decidir de la suerte de todos. Los arribales se veian llenos de grupos, que insultaban á cuantos realistas se dirigian á Arnouville, amenazando que cerrarian la capital á un rey que venia escoltado por tropas que habian combatido contra sus hermanos. Por do quiera se veia insultada y escarnecida la bandera blanca que ondeaba en diferentes puntos, y se oian voces por las calles que pedian la cabeza de los traidores. La guardia nacional, que era muy poco numerosa, apenas era suficiente para contener aquellas emociones.

Las Cámaras juraban perecer en su puesto, si las palabras reales no venian á confirmar las promesas de garantías que Fouché les hacia diariamente para acallarlas. El consejo de gobierno, conociendo la imposibilidad de resistir y la vergüenza de ceder, aparentaba simpatizar con las exigencias de la poblacion militar y de las Cáma-

ras, y dejaba á Fouché todos los peligros, toda la responsabilidad, todas las inculpaciones del desenlace, mas este sabia hacerles frente con una intrepidez y un aplomo dignos á la verdad de mejor causa y de un carácter mas elevado. Dejábalos gemir y murmurar á fin de salvar las apariencias de su situacion, pues sabia que ellos deseaban aparecer como engañados y obligados por la fuerza de los sucesos á verificar una abdicacion que les parecia ser mucho menos humillante, siempre que pudiesen atribuirle á la traicion y á la violencia. En una palabra, les servia como deseaban ser servidos.

El papel que representaba Carnot y sus colegas, habia concluido desde el mismo dia en que hicieron causa comun con Napoleon. Vencidos con él en Waterloo, y por segunda vez al verificar su forzada abdicacion en París, no eran otra cosa que unos parlamentarios entre dos revoluciones que iban á resolverse al fin sin su concurso. Aparentaban valerse de Fouché para estipular condiciones en nombre de la libertad ó bien para garantir seguridades y amnistías al imperio, y en realidad, no esperaban otra cosa que ser aliviados cuanto antes y á toda costa, del pesado cargo que les abrumaba. A haber tenido mas resolucion, hubieran podido con gran facilidad seguir al ejército del Loira ó intentar una batalla en París; mas ni uno ni otro supieron hacer. Lo exiguo y reducido del ejército habiales impedido llevar á cabo la guerra con el extranjero, y su patriotismo y la opinion les prohibia la guerra civil. No les quedaba, pues, mas recurso que espirar entre todos los partidos y á manos de un colega mas perverso que ellos, pero mas resuelto y de mucha mayor habilidad.

## XXVIII.

Fouché, viéndose obligado á despedirlos para que dejasen libre el palacio que habia de ocupar Luis XVIII, los reunió en la mañana del 9 de julio, y les habló de sus conferencias con Wellington y con Luis XVIII, asegurándoles que habia obtenido del primero cuantas concesiones y garantías deseaban conseguir asi la Cámara como el gobierno, esto es, la amnistia y las instituciones liberales, pues por lo demas, ya para nada se trataba de la persona de Napoleon. Un príncipe nuevo lleva siempre consigo su posteridad; solo las antiguas dinastías son las que dejan vástagos y raices despues de su caída.

Mientras que Fouché hablaba á sus colegas con tal libertad de ánimo y con tan aparente seguridad como si tratase de escitarlos á que se apartasen de los negocios y se retirasen á sus casas, el general Blucher, obrando en conformidad á lo acordado la víspera entre Fouché, Wellington y él, hacia que sus tropas ocupasen sin la menor resistencia el jardín y palacio de las Tullerías. En vano fué que los miembros del gobierno tratasen de protestar contra la violacion del artículo de la capitulacion por el cual se confiaba la capital, sus palacios y monumentos á la custodia de la guardia nacional. El general prusiano contestó que él no reconocia mas que las órdenes de su gefe. «Sea, pues, asi, dijo entonces Fouché con fingida ó verdadera cólera, en ese caso nos retiraremos, pero será despues de haber dejado consignado en un mensaje á las Cámaras la violencia de que hemos sido objeto;» y escribió las siguientes palabras:

«Señor presidente:

«Hasta hoy habiamos estado persuadidos de que los soberados aliados no habian logrado aun ponerse de



acuerdo acerca de la eleccion del príncipe que debia regir á la Francia, y esta misma seguridad nos dieron á su regreso nuestros plenipotenciarios. Mas á pesar de esto, los ministros y los generales de las potencias aliadas han declarado ayer en las conferencias que han tenido conmigo, que los soberanos todos se habian obligado á colocar á Luis XVIII sobre su trono, y que al efecto este príncipe deberá verificar su entrada en esta capital esta noche ó mañana.

»Las tropas extranjeras acaban de apoderarse de las Tullerías que eran la residencia del gobierno.

»En semejante estado de cosas, nosotros no podemos hacer mas que dirigir los mas fervientes votos por la felicidad de la patria, y como nuestras deliberaciones carecen ya de la indispensable libertad, hemos creído de nuestro deber separarnos.

París 7 de julio de 1815.

«Firmado FOUCHE, CARNOT, CAULAINCOURT,  
QUINETTE, GRENIER.

### XXIX.

De este modo, pues, se retiraron sin decir una sola palabra ante un simulacro de violencia que no supieron prevenir, ni evitar, ni rechazar, y á la voz de uno de sus colegas, que á la sazón era ya ministro del nuevo gobierno, aquellos hombres que se vieron en la precision de darse por engañados á fin de apartar de sí toda sospecha de traicion ó cobardía, por mas que estuviesen mutuamente al corriente de los manejos é intrigas de Fouché. No es decir por esto que les faltase valor personal, honradez ni patriotismo, pero escepto Quinette y Grenier, elegidos entre los hombres completamente

extraños al 20 de marzo, los otros tres ocupaban una tan falsa posicion en aquel gobierno creado espresamente para lanzar y reemplazar despues á Napoleon, que la misma dignidad y la misma conformidad consigo propio que á ellos les habia faltado, debia forzosamente echarse de menos en todos sus actos y hasta en su resignacion del poder. Caulaincourt, hechura y negociador de Napoleon, Carnot, que por una inconsecuencia de patriotismo, esplicable solopara sus amigos, mas no para la historia, habia aceptado de él un ministerio y un título en la córte sobre su nombre republicano, habian salido de los consejos íntimos de Napoleon en el Eliseo, para encargarse en nombre de las Cámara de ejercer sobre él su vigilancia, desacreditarle, en fin, y proscribirle. Una vez aceptado aquel encargo tan contrario á las leyes de la naturaleza, ya no podian ser mas que juguete de los acontecimientos, y vanos nombres oficiales bajo los cuales ocultaba Fouché su política verdadera.

Demasiado ilustrados para no ver tan claro como este, la absoluta imposibilidad de verificar en París una resistencia contra los ejércitos de Europa con un puñado de hombres de que solo podia disponer, pero demasiado honrados al mismo tiempo para vender ellos mismos al partido bonapartista á quien representaban en el gobierno, se limitaron á dejar tomar cuerpo á la traicion y á asistir á su desenlace. Verificado esto, vinieron á firmar con su propia mano la humillacion y la decepcion mas completa representada por aquella acta. Concluyeron, pues, para los republicanos, para los partidarios de Napoleon y de su hijo, para los constitucionales, cuyas garantías no habian sabido salvar, y en fin, para todo el mundo, viéndose en la precision de desaparecer de todas las escenas de la política. Y á decir verdad, esta última que habian representado parecia exactamente el desenlace de una de las grandestra-

gedias de la historia; los triunviros de la república, del imperio y de Napoleon II, disueltos y despedidos por Fíguro. La historia ofrece á veces páginas en que Tácito debe transmitir su pluma á Terencio, á Moliere ó á Beaumarchais.

## XXX.

Cambaceres, bonapartista á pesar suyo durante los cien días, favorito amedrentado de su propio favor y ansioso tan solo de buscar la oscuridad, así como otros desean hacer grandes papeles, para ocultar en ella su timidez y su fortuna, era el que presidía la Cámara de los pares cuando se presentó el mensaje del gobierno. Leyólo, pues, ante sus colegas con la mayor resignacion, y habiendo sido escuchado con el mas absoluto silencio, vióse ir desapareciendo del salon á todos aquellos senadores acostumbrados á hacer los últimos honores á tantos gobiernos, y á volver los primeros la cara hácia el nuevo sol que aparecia en el Oriente.

En la Cámara de los representantes, los bonapartistas, los republicanos, y aquellos que afectaban, bajo la inspiracion de Fouché, mantener aun alguna esperanza, quisieron protestar con murmullos y vanas exclamaciones contra la violencia de que eran objeto sus poderes. Manuel interrumpió la dicusion teórica de la constitucion, para asegurar á la Cámara que los ejércitos extranjeros, intimidados por la santidad de la representacion nacional, dejarían que sus deliberaciones continuasen solemnemente en medio del estruendo de las armas, y que en el caso estremo de que la violencia osase atentar contra sus funciones, todavía les quedaba el recurso de decir como Mirabeau á la Asamblea constituyente:

«Estamos aqui por la voluntad del pueblo, y no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.»

Habiéndose reunido los ministros aquella noche en casa de Mr. de Talleyrand, manifestó Fouché los peligros que veía en disolver la Cámara de los representantes, que segun todas las apariencias trataban de oponer gobierno contra gobierno, sin apelar á las bayonetas estrangeras ni provocar una de aquellas escenas de sangre y de recriminaciones, que ademas de producir muy mal efecto, protestan con gran peligro en la historia contra un gobierno. Al oír esto Mr. Decazes, llevado de su realismo y de su celo, acercóse á Fouché y le dijo con la mayor entereza.

«Si quereis, yo me encargo de deshaceros de la Asamblea; no teneis mas que darme la órden, que lo demas corre de mi cuenta.» Fouché lleno de gozo al oír aquello, escribió al punto la órden sobre la misma mesa de Mr. de Talleyrand, y entregándosela á Mr. Decazes, le felicitó por su decision y buen celo.

Salió el jóven, y habiendo reunido en su casa á unos cuantos guardias nacionales de toda su confianza y cuya decision por el rey le era conocida, les encargó que durante la noche buscasen á los individuos de sus respectivas legiones con quien ellos creyesen poder contar, y una vez reunidos se apoderasen antes de amanecer del recinto de la Cámara, negando la entrada en nombre del gobierno del rey á cuantos diputados se presentasen. Aquella órden fué ejecutada con ese celo que la opinion y el próximo triunfo de un gobierno naciente prestan siempre en Francia á sus partidarios. Al presentarse los diputados al despuntar del día siguiente ante las puertas de su palacio, y al hallarlas cerradas y obstruida la entrada, resolvieron retirarse quejándose de aquella medida, los unos por la forma, los otros por su honor, y el mas reducido número en nombre de la libertad. El pueblo por su parte, que no veía ya en ellos ni á Napoleon,

ni á la república, ni á la patria, sino á unos cuantos hombres de tribuna sin causa conocida, empeñados en discutir sobre ruinas mientras que los ejércitos enemigos se posesionaban de la capital, solo respondió á sus quejas y á sus protestas con la más marcada indiferencia.

## XXXI.

La Fayette, tanto por su nombre como por sus antecedentes, era preciso que hiciese una protesta mucho más personal y más ruidosa; y en efecto, así trató de ejecutarlo estendiendo sus brazos y arengando al pueblo desde las verjas, mas el pueblo que ya no le conocía, permaneció tan sordo á su voz como las puertas de la Cámara. Parecía que todo se había cerrado para él durante su corta aspiración á representar un gran papel. Después de haber detestado á Napoleon, de haber acogido con placer la vuelta de los Borbones en 1814 y saludado al conde de Artois en las Tullerías, había negociado con empeño su candidatura para la Cámara de los representantes. Mostrándose receloso con Napoleon al mismo tiempo que le dejaba apoderarse del cetro y de la espada después del 20 de marzo, había logrado indisponer los ánimos de la asamblea contra el dictador, y espiado en él un momento de debilidad para ayudarlo á precipitarse. Waterloo le presentó al efecto una ocasión oportuna, y él la aprovechó con un odio tan concentrado que ni aun le concedió el más pequeño homenaje á la desgracia. Defraudadas sus esperanzas después de la abdicación cuando creyó entrar á dirigir el nuevo gobierno y constituirse en árbitro entre la restauración y la libertad, volvió más tarde á esperimentar un nuevo desengaño en la tentativa de negociación que trató de entablar con los soberanos á

nombre de las Cámaras. Aseguraba, al regresar á París, que Sebastiani y él habían conseguido de los aliados la libre elección del príncipe que mejor le conviniese á la Francia; y cuando él, según dicen, pensaba designar al duque de Orleans como una desviación más del principio monárquico que siempre había tratado de amenguar y debilitar sin tener nunca la energía y franqueza suficiente para suprimirlo, los aliados se encargaban de dar el más completo mentís á semejante negociación, haciendo desalojar á la Cámara de las Tullerías ó instalando en ella unánimemente á los Borbones. La Fayette, al ver que había perdido su prestigio con el pueblo, se confundió silenciosamente entre la multitud, resignándose á asistir como un espectador cualquiera á la espulsión de una asamblea que él había agitado en otro tiempo y á la ruina de una causa que él había desarmado al desarmar á Napoleon.

Solo Fouché quedó triunfante de todos aquellos hombres que habían desaparecido, unos por su conspiración, otros por su fanatismo, aquellos por su ambición, estos por su inconsecuencia, y todos por su incapacidad. No les quedaba otro recurso que la murmuración, recurso que despreciaba Fouché, porque no teniendo conciencia, carecía de todo remordimiento.

Carnot, al saber que su colega era ministro de Policía de Luis XVIII y que estaba encargado de formar por sí las listas de destierro contra sus cómplices y sus colegas, presentóse en la audiencia de Fouché; una vez introducido en ella, le dirigió una mirada que dejaba traslucir todo el desprecio que escitaba en un alma sincera el éxito obtenido por su bellaquería política, y haciendo uso de aquel tosco tuteamiento antiguo y revolucionario á que aquellos dos republicanos se habían acostumbrado juntos en la Convención. «¿A dónde me destinas, traidor?» le dijo: «¡A donde quieras ir, imbécil!» le contestó Fouché. No parecía sino que respetaba lo bastante á Carnot, ó le